

PECADOS PROPIOS - DEL DOLOR Y LÁGRIMAS DE LOS PECADOS [SOLILOQUIO DEL ALMA, CAP. 3]

[Audio [SoundCloud](#)] [Audio [G Drive](#)]

1. «*Mi dolor está siempre ante mis ojos*» (Sal 37, 18). Dios mío, he manchado mi vida con muchos pecados; pero mira mis lágrimas, que por ellos derramo en tu presencia.

Porque sé que no mora en mí el bien¹; y mientras ando en este cuerpo mortal no estoy libre de pecados.

Por consiguiente hago el mal y cada día peco; y lo que es peor, muchas cosas dejo correr sin que las repare con llanto y digna contrición.

Por cuanto con mucha frecuencia estoy absorto y enredado en las cosas exteriores, no puedo con tanta presteza volverme a derramar saludables lágrimas.

Por esto se multiplican tanto en mí las tinieblas de los pecados, que obstruyen las fuentes de la gracia y cierran la puerta a las corrientes de la consolación divina.

¿Acaso es este mal pequeño? Grande es este mal, Dios mío, y se hace tanto mayor cuanto más presto desaparece del corazón y no me hiere con dolor alguno.

2. Señor ¿por ventura no volverás tus ojos a mí?

¿Hasta cuándo me burlaré de Ti y me engañaré a mí?

¿Hasta cuándo has de callar, Señor?

¿Dónde está la vara de tu castigo? ¿dónde el aguijón y báculo de tu gobierno?

¿Por qué quitas de mi vista la consideración del juicio y del infierno?

Si tales cosas estuviesen siempre presentes ante mis ojos ¿por ventura sería tan negligente en mis obras?

Si callas con el fin de que me enmiende, das muestra de tu inagotable paciencia; pero si descuido mi corrección y enmienda, ¿no me corregirás después más agriamente?

Si no me castigas aquí, ciertamente lo harás en la otra vida.

Porque nada pasará sin su correspondiente castigo, ni pecado grande ni chico.

Pero mucho mejor es castigarlos aquí, donde el llanto es fructuoso, el trabajo breve, la satisfacción más aceptable y la reconciliación más fácil.

Por lo tanto no dejes de emplear la vara del castigo, antes bien unge mis ojos con el acre colirio²; y no guardes para después el castigo de mis males; no sea caso que me entreguen a los atormentadores hasta que satisfaga el último maravedí³.

Mejor es ahora padecer poco y con mérito, que después sufrir los tan acerbos⁴ tormentos del purgatorio.

Preciso es, pues, que yo llore y tenga intenso dolor por mis pecados.

Porque tengo muchas cosas que llorar, pero ninguna de donde pueda reír.

¹ Rm 7, 18

² Ap 3, 18

³ Mt 18, 34

⁴ Nota de la presente edición: Cruel, riguroso, desapacible.

Persuádeme que llore y gima las tinieblas que veo en mi corazón y la conciencia que siento harto resbaladiza y frágil; y aun me obligan en cierto modo y me compelen a ello.

Y si pienso también las diversas tentaciones y acometimientos de tantos males, ¿dónde hallaré materia de risa?

Perdóname, Señor, perdóname⁵.

Porque si tocado de dolor en lo íntimo del corazón⁶ derramare lágrimas en abundancia, no será maravilla, pues este es tiempo de llanto⁷.

Dichosa la hora en que siento nacer en mí el dolor por mis pecados.

Dichosas las lágrimas que manan por la vehemencia de la contrición, al considerar todas las manchas del corazón.

3. Y ¿quién será poderoso para revolver perfectamente este abismo y condenar sin lisonja las manchas ocultas del alma?

Dios mío, hombre verdadero, Tú puedes iluminar todas las tinieblas de mi corazón y abrazar con el viento del ardor y del juicio todas sus manchas⁸.

A Ti te toca darme un corazón nuevo⁹ y hacer un corazón limpio¹⁰ y preparar en él tu habitación retirada; para que se convierta en lugar apacible de tu descanso y tabernáculo de tu nombre, ya que eres amor de la limpieza y huésped amable de la buena conciencia.

Pero porque no visitas de buena gana la casa descuidada, antes bien con frecuencia abandonas la que es abominable por sus costumbres bestiales, por esto ando solícito y temeroso no me acaezca lo mismo; y por esto acude misericordioso y clemente a reparar mis ruinas.

¡Ay de aquel, de quien te apartares airado! ¡Dichoso aquel a quien descendieres y en cuya morada permanecieres! Miserable de mí que estoy puesto en medio de los lazos y apesgado¹¹ con el peso de los pecados, ¿qué consejo puedo tomar y qué remedio buscar para mi salvación, sino levantar mis ojos contritos a Ti, por si acaso mi clamor se oyese en las alturas?

Pues ningún remedio saludable encontrará o tendrá la conciencia manchada con el pecado, que afligirse en la oración con grandísima amargura.

Y ¿de qué manera mejor se procurará que no prevalecerá la tentación importuna, que humillándose el hombre mucho y dirigiéndote de continuo su oración?

Pero ¿quién me otorgará estos bienes, orar y llorar como conviene? ¿De dónde podré alcanzar tan profunda humildad y tan grande abundancia de lágrimas?

Ciertamente que de Ti, Señor, en quien está la misericordia y la sobreabundante redención¹².

Oh, Señor Dios, dador de toda gracia, concédeme que llore hasta los más mínimos pecados y que juntamente haga penitencia sin excusa por todos, por los manifiestos y por los ocultos. Consideradas estas cosas entre los dos, restitúyanme la gracia perdida y prepárenme a cosas mejores y más cercanas a mi salvación. †

¡Ave María y adelante!

⁵ Joel 2, 17

⁶ Gn 6, 6

⁷ Ecles 3, 4

⁸ Is 4, 4

⁹ Ez 36, 26

¹⁰ Sal 50, 12

¹¹ Nota de la presente edición: agobiado, cansado.

¹² Sal 123, 7